

**Homilía del Sr. Obispo,
MONS. DEMETRIO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ
en la solemnidad del *Corpus Christi*.
TARAZONA, 18 de junio de 2006**

Saludos: Cabildo, sacerdotes, Ayuntamiento, diácono, seminaristas, religiosas, fieles laicos.

“¡Oh sagrado banquete en que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su Pasión, el alma se llena de gozo y se nos da la prenda de la gloria futura”.

Celebramos hoy la gran fiesta del Corpus Christi.

En ella confesamos nuestra fe. La fe católica en la presencia verdadera, real y sustancial de Cristo glorioso en el Santísimo Sacramento del Altar. No es una fiesta más del folklore popular, es una fiesta de fe, para los creyentes, que muestran gozosos al mundo entero cuál es su tesoro: Cristo, el que murió por nosotros, Cristo, el que ha vencido la muerte y vive glorioso. Cristo, que nos da como alimento su propia vida a través de este cauce tan humilde y sencillo. Cristo, el único Redentor de todos los hombres. Este Cristo está en medio de nosotros. Él es nuestra esperanza y nuestra vida.

La Eucaristía no es una cosa, un objeto de alto valor artístico (aunque para la Eucaristía se hayan construido templos, retablos, altares, objetos de oro y plata para el Dios del universo). La Eucaristía es una Persona. Es una Persona divina, y con ella siempre las otras dos. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La segunda de tales personas divinas, el Hijo, se ha hecho hombre y se ha acercado hasta nosotros, haciéndose uno de nosotros, para darnos a participar de su mismísima vida divina. El se acerca hasta nosotros para invitarnos a comerle, y de esta manera unimos en un abrazo de amor, que nos transforma en Él.

¡Oh sagrado banquete en que Cristo es nuestra comida!

Niños de primera comunión.

Pasado ya el día en que quizá el ruido os impedía pensar en Jesús, volvéis hoy para agradecerle a Jesús que quiera ser amigo vuestro para siempre. No dejéis de comulgar. Acudid a Misa todos los domingos, con vuestros padres, con vuestros amigos, como sea. Jesús os espera en la comunión de este Sacramento. Y limpiad vuestra alma de niños por el sacramento del perdón, para aprender a comulgar siempre con el alma limpia para Jesús.

Sacerdotes, que celebramos a diario este divino sacramento. Gracias por vuestra dedicación, a veces agotadora para ofrecer este servicio a las distintas comunidades parroquiales de nuestra diócesis. Realicemos este servicio con temor y temblor, con estupor de tener en nuestras manos al Dios hecho hombre. No nos acostumbremos nunca, ni nos dejemos llevar por la rutina o el cansancio. El está aquí, y Él nos asocia a su obra redentora, principalmente celebrando cada día, y especialmente los domingos, el sacramento del Altar.

Seminaristas que os preparáis para poder consagrar el pan y el vino en el cuerpo y en la sangre del Señor. Sin sacerdotes no puede haber Eucaristía. Sois una gran esperanza para la Iglesia, en Tarazona y en los distintos lugares de la tierra donde ejerceréis un día no lejano vuestro ministerio sacerdotal. Enamoraos de Cristo en la Eucaristía, ponedla

al alcance de los fieles, preparar el corazón de los hombres para acercarse dignamente a este Sacramento.

Queridos hermanos todos, apoyad el Seminario Diocesano, con vuestra oración, con vuestro sacrificio, con vuestras limosnas. Sin sacerdotes no puede haber Eucaristía. Demos gracias a Dios por el curso que termina y que ha contado con nueve alumnos en el Curso de Espiritualidad, aquí en Tarazona. Hacía más de treinta años que los seminaristas de Tarazona no estaban en Tarazona. Hoy los vemos con nosotros y como me habéis expresado muchos de vosotros, solamente con verlos el corazón se llena de alegría espiritual y de gozosa esperanza. Las previsiones para el próximo curso nos hablan de que puede duplicarse el número de alumnos en nuestro Seminario de Tarazona (18 alumnos). Dios quiera que todo ello anime a otros jóvenes de nuestra diócesis para responder a la llamada del Señor, y tengamos así muchos y santos sacerdotes, para nuestra diócesis y para la Iglesia universal. Sabed que ayudando al Seminario ayudáis a una gran obra misionera, que desde Tarazona expande su onda de influencia hasta lugares para nosotros insospechados. Gracias a todos por vuestra colaboración espiritual y material.

Terminada la celebración de la Santa Misa, iremos en procesión acompañando al Amor de los Amores por las calles de nuestra ciudad. Vayamos con respeto y con alegría en nuestros rostros. Es Jesús sacramentado, Dios verdadero y hombre verdadero, que quiere bendecir nuestras calles y nuestras plazas, nuestros hogares y nuestros negocios. Quiere bendecir a todos los que viven en esta ciudad y a los que nos visitan, para decirles: “Ven conmigo, quiero que tú también seas mi amigo”. Los que acompañamos al Señor, oremos por todos los que van a cruzar su mirada con la blanca Hostia que contiene el Cuerpo del Señor resucitado, para que ese diálogo de la mirada sea un diálogo de salvación, que llene su corazón de esperanza. Cristo es esperanza para todos los hombres. La celebración del Corpus debe hacernos a todos misioneros del Evangelio del amor y de la vida para bien de todos los hombres.

Expresando nuestra fe públicamente ejercemos un derecho ciudadano que brota de la libertad religiosa en un país libre. No es ningún privilegio que nos concede la autoridad pública. Es un derecho que ejercemos de manera civilizada y ciudadana. La religión y sus expresiones no son algo que deban ser simplemente tolerado, sino algo que debe ser respetado como libre expresión de quienes profesan esa fe en el marco de una convivencia plural, y por tanto favorecido por quienes deben tutelar el bien común de los ciudadanos.

Algunos proclaman un Estado laicista en el que la religión quede relegada al ámbito privado de la conciencia, de los templos, y a lo sumo de los actos religiosos. El Estado debería entonces promover una neutralidad en la que todo cabe y en la que todo vale por igual. Y eso no es así. La religión que uno libremente profesa debe empapar la convivencia, respetando a quienes no piensen así, pero no impidiendo que los que así piensan proyecten su fe en la calle, en la vida pública, en la política, en la educación, en todos los ámbitos de la vida.

Vivimos una época de cambios profundos en nuestra convivencia ciudadana. No dejemos que la fe sea relegada al ámbito de lo irrelevante, de lo privado, para que otros construyan la ciudad terrena como si Dios no existiera. Un mundo que se construye sin Dios es un mundo que se construye en contra del hombre. Y no permitamos que el honor de Dios y el bien del hombre estén ausentes de la vida pública, de las asociaciones de vecinos, de los parlamentos locales, provinciales, regionales y estatales. El que es creyente no debe actuar como si no lo fuera. Debe notarse que lo es y debe

defender una visión creyente de la vida allí donde se encuentre. No se trata de defender un Estado confesional, pero no hemos de permitir que se imponga un Estado confesionalmente laicista y ateo en una sociedad donde hay creyentes en abundancia.

La Eucaristía es vínculo de comunión fraterna y de caridad.

Celebrar la Eucaristía debe unirnos a todos en el mismo amor y debe empujarnos a llevar este amor a nuestros hermanos necesitados. El mismo Jesús que está presente en este sacramento, es el que está presente en los necesitados y en los pobres. “Lo que hicisteis a uno de estos mis humildes hermanos, a mí me lo hicisteis”, nos recuerda Jesús en su Evangelio. Este año, la campaña de Cáritas nos recuerda en este día nacional de caridad, “Nadie sin futuro”. Y el futuro del hombre, de los que están a nuestro alrededor, pasa por la solidaridad de unos con otros para que todos aquellos que entran en contacto con nosotros encuentren razones para seguir esperando y encuentren en nuestra ayuda un aliciente en su camino. No es justo que unos tengan de sobra y otros carezcan incluso de lo necesario. La Eucaristía nos recuerda y nos hace capaces de ser solidarios con quienes no tienen lo necesario para vivir. En este campo de la caridad y de la promoción social, la Iglesia realiza una tarea inmensa, en España y en el mundo entero. Nadie como la Iglesia católica es capaz de llevar tanto amor contando con tan pocos medios. Aunque sólo sea por esto, valdría la pena apoyarla y no buscar que desaparezca del mapa.

Adoremos, hermanos, este santísimo Sacramento, que nos lleve a amarnos unos a otros como Él nos ha amado. Seamos testigos de esta fe y de este amor en la vida pública y en la convivencia ciudadana. La Eucaristía nos ayude a construir un mundo más solidario y más fraterno. Acerquémonos a comulgar con el alma limpia, como un niño de primera comunión. Recemos para que entre nosotros haya siempre sacerdotes que nos celebren la Eucaristía. Alegrémonos todos en esta fiesta solemne del Corpus Christi.

“¡Oh sagrado banquete en que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su Pasión, el alma se llena de gozo y se nos da la prenda de la gloria futura”. Amén